

RELACION DE LA COMISION INTERNACIONAL PARA EL DIALOGO ENTRE LOS DISCIPULOS DE CRISTO Y LA IGLESIA CATOLICA (1977-1981) *

PROLOGO

Sólo por el poder de Dios y bajo la guía del Espíritu Santo pueden los cristianos crecer juntos hacia la unidad. Al presente, en un espíritu de gratitud, los teólogos y pastores, que en el curso de estos últimos cinco años han participado en el diálogo entre la Iglesia Católica Romana y los Discípulos de Cristo, presentan una relación de sus encuentros.

Algunos diálogos teológicos en el plano bilateral han alcanzado un punto de madurez que ha permitido publicar informes sobre convergencias y nuevos acuerdos en lo que concierne a la comprensión de la fe cristiana. La publicación, la difusión y el estudio de estos informes son un elemento necesario en el proceso hacia la unión. Así las iglesias participantes están en condiciones de captar los elementos importantes que emergen de éstos, y de llegar con discernimiento a algunas decisiones.

* Traducción de Rosa Herrera y revisión y control teológico del Prof. A. González-Montes. El documento que ahora presentamos obedece a la intención de *Diálogo Ecueménico* de ofrecer a los lectores de habla española el texto de los acuerdos más importantes de las comisiones mixtas de teólogos y obispos y ministros de las Iglesias cristianas que han entrado en diálogo con la Iglesia Católica. El original inglés de este documento puede verse en el órgano del Secretariado para la Unidad de los Cristianos, *Information Service* 49 (1982/II-III), así como en el mismo número en su edición francesa podrá hallarse el texto en francés. Ambas versiones han sido tenidas en cuenta para realizar esta traducción española. La *Bibliotheca Oecumenica Salmanticensis* espera poder ofrecer pronto la edición en castellano de todos los acuerdos elaborados por las comisiones mixtas de la Iglesia Católica y las otras Iglesias cristianas.

Entretanto, en el curso de este camino de maduración, la publicación de informes sobre las etapas importantes puede ayudar y dar nuevas luces. El presente documento (1982) sobre el diálogo entre los Discípulos de Cristo y la Iglesia Católica Romana tiene esta naturaleza. No contiene una declaración común sobre puntos doctrinales, sino una relación común redactada por quienes han sido delegados para este diálogo, a fin de registrar prometedoras evoluciones. El documento describe una cierta convergencia en la comprensión así como algunos problemas que tenemos que afrontar todavía juntos.

Así el documento quiere informar a nuestras iglesias y suscitar su interés y sus relaciones. Deseamos que lo que ha comenzado de buena fe pueda terminar en una unidad de fe hecha visible. Que el Señor lleve a término la obra de su gracia.

Dr. Pablo A. CROW, J.

Obispo Estanislao OTT

Co-presidentes

I. INTRODUCCION

1. En Septiembre de 1977 comenzó un diálogo internacional que debía durar cinco años entre los Discípulos de Cristo y la Iglesia Católica Romana, sobre el tema: «Apostolicidad y catolicidad en la unidad visible de la Iglesia». La Comisión de 18 miembros fue constituida conjuntamente por el Secretariado para la unidad de los cristianos, en colaboración con el comité de la Conferencia Episcopal de Estados Unidos para los asuntos ecuménicos e inter-confesionales y por Asamblea Consultiva Ecuménica de los Discípulos y la Asamblea para la Unidad de la Iglesia Cristiana (Discípulos de Cristo) en los Estados Unidos y Canadá. Sus miembros comprendían teólogos y pastores católicos romanos de Canadá, Francia, Irlanda, Estados Unidos y del Vaticano, y también teólogos y pastores de los Discípulos de Cristo de Canadá, Inglaterra, Puerto Rico, Estados Unidos y Zaire. El Dr. Pablo A. Crow, J., y el Reverendísimo Estanislao J. Ott fueron designados como co-presidentes de la Comisión.

2. Para el desarrollo del tema principal de su trabajo, la comisión eligió cuatro temas sectoriales para centrar la discusión durante cada reunión anual: «The nature of the Church and Elements of its Unity» («La naturaleza de la Iglesia y los elementos de su unidad», Indianapolis 1977); «Baptism: Gift and Call in the Search for Unity» («Bautismo: don y llamada en la búsqueda de la unidad», Roma 1978); «Faith and Tradition in the life of the Church» («Fe y tradición en la vida de la Iglesia», Annapolis 1979); «The Dynamics of Unity and of Division» («La dinámica de la uni-

dad y la división», Nueva Orleans 1980). En su quinta sesión (Ardfert, Irlanda, 1961), la Comisión ha preparado un informe final que debe ser sometido a los organismos que han delegado en ella.

3. Cada encuentro anual ha durado cinco días y ha seguido un esquema constante de trabajo y de participación en el culto y la oración, de los servicios religiosos con los Discípulos y los católicos romanos en las congregaciones y las parroquias locales. Fueron presentadas y discutidas cuatro comunicaciones, dos por cada equipo, con el objetivo de precisar los acuerdos existentes, las convergencias, las nuevas ideas y las tensiones persistentes o los problemas que piden un estudio más profundo. Un informe común de cada encuentro fue establecido para servir de *memorandum* común para el trabajo de la comusión. Las comunicaciones y los informes comunes fueron publicados en *Mid-Stream: An Ecumenical Journal* (vol. XVIII, n. 4, Octubre 1979; Vol. XXX, n. 3, Julio 1981).

4. Esta relación final no resume las comunicaciones y los informes comunes de nuestras reuniones precedentes. Es más bien un documento de acuerdo de los descubrimientos y puntos de vista comunes, que la comisión ha extraído de su trabajo, de sus discusiones y debates, y de la vida que llevamos juntos en comunidad y oración durante estos cinco años.

II.—NUESTRA VIDA JUNTOS

5. Estos cinco años de diálogo entre los Discípulos de Cristo y los católicos romanos han sido una fuente de alegría mientras desarrollábamos entre nosotros una mayor comprensión teológica, una comunidad y una cierta forma de abordar los problemas doctrinales. Hemos sido conducidos a una mejor comprensión de la naturaleza de la única Iglesia de Dios, de la situación de nuestras tradiciones separadas y también del impulso de nuestra llamada común a la unidad visible en Cristo.

6. Somos conscientes de que venimos de tradiciones cristianas muy diferentes. Nuestras historias, nuestros progresos culturales, nuestras tradiciones teológicas y nuestros métodos, en ciertos aspectos a menudo importantes, han sido diferentes. Algunos de los problemas existentes entre nosotros vienen de estas diferencias. A pesar de todo, la misma diversidad de nuestras historias y nuestras experiencias cristianas nos da la libertad para una nueva forma de diálogo ecuménico. El movimiento de los Discípulos nació de las Iglesias de la Reforma, pero ha desarrollado entre ellas su propia

y singular posición. En particular, no ha habido una ruptura deliberada, formal, de la comunión entre los Discípulos de Cristo y la Iglesia Católica Romana; aunque nuestras historias han sido marcadas por un sesgo general que en el pasado se reflejaba en actitudes poco caritativas entre protestantes y católicos romanos. Este hecho nos ha permitido superar las aprensiones iniciales o presunta distancia para llegar a relaciones cordiales y descubrir que poseemos en común más de lo que esperábamos.

7. Gran parte de lo que al principio creíamos que constituía nuestra división no puede ser entendida como tal. Hemos empezado a descubrir que cuando ahondamos más las descripciones teológicas corrientes de nuestras tradiciones, se hace evidente una convergencia. A medida que comprendemos con mayor claridad nuestras tradiciones y nuestra eclesiología descubrimos la fuente común que la ha alimentado. El vocabulario habitual de división no describe exactamente nuestra situación, aunque haya siempre algunas cosas importantes que no podemos realizar juntos o sobre las que todavía no podemos estar de acuerdo.

8. Este diálogo ha representado una liberación, porque tanto los Discípulos como los católicos romanos han situado la plenitud de la comunión en el núcleo de su comprensión de la Iglesia. Barton Warren Stone pedía por parte de los Discípulos: «Que la unidad cristiana sea nuestra estrella polar». Alejandro Campbell proclamaba que: «La unión de los cristianos es esencial para la conversión del mundo». La misma llamada, inherente a la tradición católica, ha sido formulada igualmente para los católicos romanos por el Segundo Concilio Vaticano: «Promover la restauración de la unidad entre todos cristianos es uno de los fines principales que se ha propuesto el sacrosanto Concilio Ecuménico Segundo del Vaticano(...)». El empeño por el restablecimiento de la unión concierne a la Iglesia entera, tanto a los fieles como a los pastores (*Decreto sobre el ecumenismo*, nn. 1 y 5).

9. Paradójicamente, algunas de nuestras diferencias provienen de las formas en que hemos comprendido y buscado la unidad cristiana. Por ejemplo, los Discípulos de Cristo, llamados a ser los instrumentos de la unidad entre los cristianos divididos, se han negado a tomar los símbolos como expresión de la fe definitiva con miras a promover la unidad y la comunión entre los cristianos. Por otra parte, la Iglesia Católica Romana mantiene los símbolos y el ministerio de Pedro para un fin idéntico. Nuestro diálogo nos ha ayudado a ver esto, así como otros contrastes en el contexto del empeño fundamental de los Discípulos de Cristo y de los católicos romanos en servir a la unidad visible de todo

el pueblo de Dios. En tal perspectiva podemos descubrir que algunas cuestiones que parecían dividirnos tienen raíces comunes y algunas de nuestras diferencias parecen complementarse.

10. La naturaleza de nuestro diálogo ecuménico pide que estemos atentos a la escucha de nuestras respectivas expresiones teológicas mientras buscamos un lenguaje de convergencia, siempre fieles a la verdad del Evangelio. Nuestra relación ofrece un comentario sustancial sobre cuestiones que han constituido el centro de la primera fase de nuestro diálogo, y proporciona a nuestras Iglesias una esperanza para el porvenir.

III.—EL ECUMENISMO ESPIRITUAL

11. En Cristo, Dios ha demostrado su amor supremo al mundo (Jn 3, 16), destruyendo el poder del pecado, reconciliándonos con él (2 Cor. 5, 18-19), y rompiendo las barreras de división en la familia humana. El Espíritu de Dios está en la Iglesia para llevar a su realización final la obra de reconciliación de Cristo, y para seguir uniendo en ella a todos los que están dispuestos a aceptar el Evangelio de salvación. A medida que se desarrolla la historia humana, el Espíritu de Dios prepara la venida del reino final. Ya en la Iglesia la unidad futura del Reino se anticipa mientras el Espíritu reúne en la fe y el amor a aquellos que reconocen el Señorío de Cristo.

12. El Espíritu de Dios llama a la Iglesia a la unidad plena. El Espíritu de Dios trabaja también en el mundo para que nazca una humanidad nueva, mediante la liberación de los hombres de la opresión y de la alienación que vienen del pecado. Estos dos ámbitos de trabajo del Espíritu son las partes integrales de un único plan de salvación.

13. La unión que Dios ha dado y sigue dando a la Iglesia tiene su origen en la vida misma de Dios. El Espíritu de Dios es el autor de la unidad de la Iglesia. Por el Espíritu, todos los que son uno en la Iglesia están llamados a la comunión de amor con el Padre y el Hijo y, en esta comunión, están unidos unos a los otros. Así, llegan a ser uno en su espíritu y en su entendimiento, puesto que por la fe se adhieren al único Verbo eterno en quien la Sabiduría de Dios se ha expresado plenamente. En esta unidad, el plan divino de la salvación realizado en Cristo se expresa en el mundo y se manifiesta siempre con mayor plenitud.

14. Esta toma de conciencia teológica nos permite afirmar que la unidad visible vendrá de la única gracia del Espíritu de Dios, presente de manera dinámica entre los cristianos incluso en su situación de división. El Espíritu llama a todos los cristianos a asumir sus responsabilidades para dar una expresión auténtica de su unidad en la vida, en el culto y en la misión. El Espíritu les hace capaces de superar los obstáculos y les concede el poder crecer juntos hacia la plena unidad visible.

15. En consecuencia, la obra de la unidad cristiana es profunda y radicalmente una obra espiritual, es decir, que viene del Espíritu Santo y es la respuesta que ella le aporta. Estamos animados por el hecho de que nuestras dos Iglesias comparten una voluntad de unidad, aunque reconocen que, para que esta unidad se manifieste plenamente, nuestra voluntad y nuestros compromisos deben ser sostenidos por lo que se ha llamado «el ecumenismo espiritual» (*Decreto sobre el ecumenismo*, 8).

16. El ecumenismo espiritual no nos permite evitar el sufrimiento de nuestra condición de división, contentarnos con seguir siendo lo que somos. Más bien, el Espíritu nos da el valor de enfrentarnos con nuestro estado de división.

17. El ecumenismo espiritual no nos permite dejar a un lado la necesidad de trabajar por la manifestación visible de la unidad de la Iglesia. Antes bien, comprendemos que así como el Verbo de Dios se ha hecho carne en Jesús, de la misma manera, el poder del Espíritu de Dios en la Iglesia se manifiesta como una comunión visible.

18. El ecumenismo espiritual tampoco nos dispensa del cuidado del Evangelio por los pobres, los marginados, los oprimidos. Antes bien, los cristianos se hacen a menudo verdaderamente conscientes de los vínculos que los unen, y escuchan la llamada a la conversión de los corazones cuando se ven enfrentados al desafío de promover una sociedad de justicia, de libertad y de caridad al servicio de la dignidad de todo ser humano.

19. El ecumenismo espiritual nace de la concepción neta de que es el único Espíritu de Dios el que nos ha conducido a Cristo y continúa moviéndonos hacia la plena unidad visible. El ecumenismo espiritual nos da la esperanza de que el Espíritu nos conducirá de la unidad imperfecta que nosotros conocemos con pena en nuestra condición separada hasta la plenitud que experimentaremos en la alegría.

20. El ecumenismo espiritual implica una conciencia clara del pecado de la división entre los cristianos. El ecumenismo espiritual, nos impide, tanto a las comunidades como a las personas, intentar justificar nuestras divisiones y nos impulsa a la búsqueda de una vida compartida en una comunidad reconciliada. El ecumenismo espiritual nos obliga a una calidad de vida evangélica marcada por la voluntad de ser fieles a Cristo y abiertos unos a otros. Implica también el arrepentimiento y la renuncia al egoísmo, así como una renovación de la humildad y la dulzura en el servicio a los otros, que es la conversión del corazón. Esta *metanoia* aporta lo que se podría llamar un «espacio evangélico» —un campo de acción para la obra de la Palabra de Dios— en el cual encontramos una gracia de Dios disponible de manera nueva para nosotros, que nos une juntos en la alabanza, la bendición, la súplica al Dios que nos ha hecho uno. En este espacio evangélico, descubrimos nuevas posibilidades para un intercambio genuino y de participación, y también para descubrir, en una luz nueva, esas afirmaciones que encuentran una expresión histórica en nuestras comunidades aún separadas.

21. Así, el ecumenismo espiritual nos permite estar abiertos a la gracia de Dios. El Espíritu Santo nos hace libres para experimentar juntos su poder unificador a través de las numerosas vías que se nos abren en la vida cotidiana de la Iglesia; es decir, acogiendo y anunciando juntos la Palabra de Dios en las Escrituras, confesando juntos al mismo Señor, rezando juntos, haciéndonos presentes unos en la celebración de la Cena del Señor de los otros; y teniendo una misión común, como pueblo sacerdotal de Dios en el seno de toda la comunidad humana. Aunque no compartimos aún plenamente estas experiencias, a causa de nuestro deseo común de ser fieles a la Iglesia tal como la hemos conocido hasta ahora en nuestras comuniones, tomamos conciencia al menos de que Dios permite que sintamos desde ahora el poder de su amor unificador. El nos habla de las contradicciones de nuestras divisiones cuando le abrimos juntos nuestros corazones en la oración y las celebraciones, en nuestros esfuerzos comunes para articular un lenguaje teológico común en el diálogo ecuménico, y en la lucha común para promover la justicia y la paz en el mundo.

22. En este espacio evangélico, unos y otros, nos llenamos de fuerza para crecer en común, y al mismo tiempo para pagar el precio del sufrimiento causado por nuestras divisiones, presentes y por los esfuerzos para superarlas. Discernimos algún reflejo del desarrollo actual en el doloroso esfuerzo que marca todo el movimiento ecuménico. Pero conservamos la esperanza, sabiendo que «la creación entera gime ahora con dolores de parto. Y no solamente ella, nosotros también, que tenemos ya las primicias del Espíritu, gemimos interiormente, aguardando... la redención».

Así «esperamos con paciencia», seguros de que «El Espíritu ayuda a nuestra flaqueza» y confiando «que el Espíritu intercede por los santos, según Dios» (Cfr. Rom 8, 22-27).

IV.—BAUTISMO

23. Por su naturaleza misma, el bautismo impulsa a los cristianos hacia la unidad. Por el bautismo una persona se incorpora a Cristo Jesús y a su Cuerpo, la Iglesia. La unidad fundamental que Dios nos ha dado está arraigada en el sacramento y no podría ser destruída. Estamos llamados a un solo bautismo por el Evangelio, que es la vía de salvación para toda la humanidad. Por consiguiente, el bautismo es la fuente de nuestra unidad en la vida de Cristo, en su muerte y su resurrección.

24. Sin embargo abordamos la cuestión del bautismo con una viva conciencia de las diferencias en la práctica bautismal, que no debería ser tratada a la ligera. A primera vista podría parecer que estas diferencias representan formas divergentes de comprensión que podrían amenazar nuestra unidad fundamental basada en el bautismo.

25. De hecho, hemos descubierto importantes áreas en las que nuestra manera de comprender el bautismo y nuestra forma de impartirlo nos animan a hablar realmente de un solo bautismo. Bien se ve que estas áreas tienen grados diversos de significación.

26.a) Juntos referimos los orígenes de la observancia bautismal al ejemplo de Jesús, al mandamiento de Cristo resucitado y a la práctica de la Iglesia primitiva.

27.b) Tanto para los Discípulos de Cristo como para los católicos romanos, el bautismo es un bautismo impartido con el agua y «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

28.c) En nuestras tradiciones el bautismo es ordinariamente administrado por un ministro regularmente autorizado.

29.d) En nuestras dos tradiciones se afirma que entramos en una relación nueva con Dios como hijos suyos y hermanos unos de otros en Cristo, pues en el bautismo nuestros pecados son perdonados y llegamos a ser una nueva creación.

30.e) Puesto que Dios no revoca jamás la nueva relación conferida por el bautismo, el «re-bautismo» es contrario al Evangelio y no debería ser practicado nunca. Sin embargo, somos conscientes de la necesidad de un arrepentimiento permanente después del bautismo y experimentamos el perdón en la vida habitual de la Iglesia.

31.f) Nuestras dos tradiciones mantienen la necesidad del papel de la fe en el bautismo. Para los católicos romanos como para los Discípulos la incorporación al Cuerpo de Cristo y el perdón de los pecados son esencialmente actos de Dios que presuponen la fe y piden una respuesta de fe activa y permanente para su pleno desarrollo y su fecundidad.

32. Este acuerdo fundamental debe estar presente en el espíritu cuando intentamos reinterpretar ciertas diferencias que se refieren al bautismo. Estas diferencias aparecen bajo dos rúbricas:

33. *La relación de la fe personal con el bautismo.*— Puesto que el bautismo de creyentes es la forma de bautismo explícitamente atestiguada en el Nuevo Testamento, la convicción de los Discípulos es que el rito del bautismo debería estar precedido por una confesión personal de fe y de arrepentimiento.

Por razones históricas, teológicas y pastorales, los católicos romanos bautizan a los niños. Consideran esto como el primer sacramento en el proceso de la iniciación cristiana, seguida de una educación y de una instrucción cristianas, y culminando en los sacramentos de la Confirmación y la Eucaristía, acompañada por una vida de arrepentimiento continuo y de conversión.

Con todo, los católicos consideran que la creencia fundamental de su Iglesia concerniente al bautismo está expresada con una nueva claridad en el rito revisado del bautismo de adultos, que lleva consigo una confesión personal de fe.

Al mismo tiempo, los Discípulos comprenden mejor el lugar del bautismo de los niños en la historia de la Iglesia. En parte, esto implica comprender el bautismo de niños en relación con una educación cristiana tanto en la familia como en la comunidad cristiana. Así pues, los Discípulos entienden que el bautismo de niños fue la respuesta pastoral a una situación en que los miembros habían dejado de ser ya en su mayoría cristianos de la primera generación.



34. *La manera de bautizar.*— Los Discípulos practican la inmersión, pensando que tal era la práctica en los tiempos de Nuevo Testamento y que es la representación simbólica más clara de nuestra participación en la muerte y resurrección de Cristo. Los católicos

romanos apoyándose en una antigua tradición cristiana, consideran el hecho de verter el agua sobre el candidato como una manera de hacerlo aceptable, conscientes del valor simbólico del descenso de las aguas bautismales. Siempre han reconocido el bautismo por inmersión y a veces lo han practicado. Los Discípulos reconocen otras prácticas bautismales, manteniendo su preferencia por la inmersión.

35. Aunque el poder salvífico de Dios en el mundo sea ilimitado, el bautismo es fundamental en la vida cristiana. Por él nos convertimos en miembros del Cuerpo de Cristo y participamos de la vida que Él da. La participación en la vida de Cristo nos llama a entrar en su ministerio, su sufrimiento, su muerte y su resurrección, tal como está prefigurado en nuestro bautismo, para la salvación del mundo entero.

36. Porque tanto el bautismo como la Eucaristía implican una participación en el Cuerpo de Cristo y, puesto que la gracia divina recibida en el bautismo es alimentada y reforzada por la participación en el banquete eucarístico, la unidad que la gracia realiza en el bautismo debería encontrar su manifestación y realización en la *amannesis* (memorial/recuerdo) del sacrificio de Cristo por toda la humanidad en la mesa del único Señor.

37. Paradójicamente, el bautismo es un signo de unidad y un recordatorio de desunión. Es un signo de unidad en tanto que incorpora a todos los cristianos a Cristo. Es una evocación de la desunión, ya que, una vez administrado, establece a los cristianos en comunidades eclesiales separadas con sus tradiciones y sus doctrinas particulares.

38. En nuestro atento examen de esta paradoja nos ha ayudado distinguir dos afirmaciones de fe. Una es el asentimiento fundamental de la persona al don que Dios hace de la gracia en Jesucristo, un don que por sí mismo está llamado a transformar la vida, y así está significado en el bautismo. Esta afirmación coloca nuestras vidas bajo la dependencia de la gracia de Dios, haciéndonos salir de nosotros mismos y haciéndonos uno en Cristo. La otra afirmación es la aceptación de la enunciación de la fe tal como ha llegado a expresarse en nuestras comunidades eclesiales separadas. El bautismo es igualmente una inserción en una comunidad eclesial particular con su propia explicitación de la única fe. En consecuencia, hacer esta distinción nos ha ayudado a comprender nuestra unidad fundamental y a situar el origen de nuestra separación.

39. Sin embargo, en conclusión afirmamos el reconocimiento mutuo del bautismo administrado por los católicos romanos y por los Discípulos, convencidos de que la unidad que recibimos por la gracia de Dios en el bautismo debe encontrar su realización en la unidad eclesial visible, de suerte que el mundo pueda creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, como nosotros lo confesamos juntos. En consecuencia, estamos decididos por la misma gracia a descubrir más plenamente la verdad que nos liberará a todos

V.—FE Y TRADICION

40. Nuestras tradiciones están llamadas a anunciar al mundo la verdad fundamental de la reconciliación con Dios en Cristo, verdad a la que hemos dado nuestro asentimiento. Este asentimiento común está sellado por el bautismo en nuestros cuerpos eclesiales separados; sin embargo, en nuestro bautismo se nos ha dado una unidad radical. Esta realidad nos obliga en tanto que Iglesia, Cuerpo de Cristo, a testimoniar la fe apostólica en nuestra vida, nuestra enseñanza, nuestra liturgia, nuestro servicio.

41. La Iglesia, bajo la guía del Espíritu Santo, ha desarrollado a través de los tiempos los medios de anunciar la fe apostólica, como ha intentado defender esta fe y comunicarla con la fidelidad en diferentes épocas y situaciones. La Escritura y la Tradición contienen esas respuestas a la fe que Dios concede.

42. La fe es un don de Dios, concedida tanto a la persona como a la comunidad. En ambos casos, por el poder del Espíritu Santo, creemos, crecemos en la fe y vivimos por ella. Nuestra fe es que Cristo es el Señor resucitado, que es la razón de la existencia de la Iglesia. Fe que engendra una relación nueva entre todos los que creen. La fe que compromete a una persona con Cristo, compromete a esta persona con la Iglesia. Cuerpo de Cristo; pues como la fe es dada por el único Espíritu de Cristo, es la única fe fundamental que une a los católicos romanos, a los Discípulos y a los otros cristianos en una comunión única en este Espíritu. Sin embargo, a pesar de esta unidad original en el Cuerpo de Cristo, reconocemos que aún no hemos realizado plenamente la unidad eclesial visible que él desea. Mientras con gratitud reconocemos la amplitud del acuerdo alcanzado sobre esta cuestión, hemos tomado conciencia muy profundamente, a propósito de esto, de algunos puntos serios no resueltos que exigen continuar la discusión en nuestro diálogo; éstos, creemos nosotros, deberían representar una parte importante de nuestro futuro programa.

43. El proceso de conversión por el cual se compromete uno con la fe en Cristo y con la condición de discípulo es un proceso gradual, permanente y difícil. Cristo prometió que su Espíritu se haría presente a cada uno en y por la comunidad de los creyentes. Así pues, la comunidad llama, educa, ilumina y sostiene la fe de cada uno en su liturgia y oración, y en su testimonio de amor y de servicio a ejemplo de Cristo.

44. La vida cristiana es una vida en comunidad, una comunidad que reconoce la dignidad y la libertad de la conciencia humana, reconociendo igualmente la necesidad, para la conciencia individual, de ejercitar una obediencia cada vez mayor al Evangelio. La Iglesia está llamada a guiar y a hacer posible este proceso.

45. La fe de cada creyente es inseparable de la fe de la comunidad. La fe personal consiste en hacer propia la fe de la Iglesia y de ello depende su autenticidad tanto como para su elemento. Al mismo tiempo dar testimonio de fe personal construye la vida de la Iglesia y estimula y refuerza la fe de todos.

46. En tanto que la Iglesia, como comunidad de fe y de amor, es signo de Cristo en el mundo, los creyentes están llamados a dar un testimonio común de fe, de suerte que el mundo pueda creer que Jesús es el Señor. Se puede esperar así que la vida de fe, la de la persona y la de la comunidad, manifieste una cierta cualidad por la cual se convierte en «luz en el mundo», «la sal de la tierra». El creyente individual y la Iglesia peregrina están, uno y otra, llamados siempre a una conversión más profunda a Cristo, a una fe más auténtica. La Escritura, comunicando la Palabra de Dios, tiene un papel central, normativo e irremplazable en este proceso de conversión personal y eclesial.

47. Juntos, los Discípulos de Cristo y la Iglesia Católica Romana reconocen el papel importante de la Tradición en la vida de la Iglesia. La relación entre la fe y la Tradición tiene que ver con la cuestión de saber cómo los cristianos, de edad en edad, llegan al conocimiento de que Jesucristo es el Señor de la vida y el camino de salvación para el mundo.

48. Los Apóstoles fueron llamados por Cristo y encargados de una misión única en la vida de la Iglesia. Testimonian la presencia de Cristo resucitado y ocupan un lugar especial en la transmisión de la fe a las generaciones venideras. En esta comunicación el Espíritu Santo está siempre presente en la vida de la Iglesia, garantizando que ésta no dejará de realizar el cumplimiento del plan divino.

49. Bajo la inspiración del Espíritu, el Nuevo Testamento expresa la respuesta de fe dada por la Iglesia apostólica a Cristo resucitado. Esta respuesta estaba condicionada por la revelación de Dios y las promesas a Israel.

50. Los escritos del Nuevo Testamento, reposando sobre la autoridad de los Apóstoles e interpretados con la ayuda del Espíritu Santo, constituyen el documento inspirado de la Tradición que es procedente de la era apostólica. Esta Tradición refleja el *sensus fidelium* (la de los fieles en la conciencia común de la fe) de la Iglesia primitiva en su conjunto. Sin embargo el *sensus fidelium* no ha quedado fijado en el pasado, sino que se hace siempre dinámico y vivo a través de la interacción dialéctica de la Escritura y de la Tradición en la vía permanente de la Iglesia, de edad en edad.

51. Cada generación debe llegar, a su vez, a la fe por el poder del Espíritu Santo, y transmitir esta fe a las generaciones siguientes. Al mismo tiempo la Iglesia de todos los tiempos hereda triunfos y fracasos del pasado.

52. En el proceso que consiste en explicitar las implicaciones de la revelación, surgen tradiciones diversas. Hay que contar con la diversidad que resulta de ellas, y que frecuentemente es ella misma una expresión de la catolicidad de la Iglesia. Los problemas surgen cuando el contexto eclesial en el que se ha dado el asentimiento bautismal ejerce una influencia tal que la comunión en la fe queda comprometida. Los católicos romanos y los Discípulos reconocen, unos y otros, que han ido más allá de la realidad fundamental de la fe en Dios revelada en Jesucristo hasta formas de comprensión desarrolladas fuera de la diversidad de tradiciones cristianas.

53. Los católicos romanos mantienen que la transmisión viva del Evangelio en y por la Iglesia es necesaria para una formulación, manifestación y aplicación más completas de las verdades que están en la Escritura, y que la Escritura sola no podría aportar. Prestan, por ello, atención a las afirmaciones de la fe y a las interpretaciones expresadas en los textos litúrgicos oficiales, los símbolos, las enseñanzas del colegio episcopal, especialmente en los concilios, las enseñanzas pontificias que creen formuladas con la asistencia del Espíritu. Aunque las Escrituras son normativas y el alma de toda búsqueda teológica ulterior, la manera adecuada de comprenderlas es sólo posible en la vida de una comunidad creyente.

54. Los Discípulos piensan que el Nuevo Testamento es una expresión suficiente de la fe, de la doctrina y de la práctica esencia-

les para cada cristiano en particular y para las comunidades cristianas. Asimismo, aunque tienen conciencia de situarse en la Tradición de la Iglesia, no han concedido una posición normativa a las expresiones posteriores de la fe en la Iglesia, y en particular no han utilizado símbolos de fe o confesiones como criterios de comunión en la Eucaristía. Los Discípulos piensan que su historia da fe de que una Iglesia puede desarrollarse y mantener su propio carácter distintivo sin un símbolo de fe formal; y que el ejercicio de la libertad y de la diversidad en las expresiones de la fe y del culto no es necesariamente una amenaza para su unidad. Sin embargo, allí donde los Discípulos han aceptado de buena gana las afirmaciones de fe, ya sean antiguas o modernas, allí donde han servido de fundamento para la expresión de la unidad esencial de toda la Iglesia, (por ejemplo, en las Iglesias Unidas).

55. Tanto los Discípulos como los católicos romanos se comprometen en sus vidas a hacer suyo todo cuanto hay de bueno en las tradiciones de los otros, tanto en el pasado como en el presente.

VI.—AFIRMACIONES SOBRE LA UNIDAD QUE BUSCAMOS

56. Mediante una convergencia en lo doctrinal, y contando con la experiencia de la realidad de nuestra unidad en el asentimiento fundamental a Dios, estamos en condiciones de aceptar, como principio básico del ecumenismo, que no puede haber más que una Iglesia de Dios (*única Ecclesia*) y que esta Iglesia existe ya. Es la realización de la salvación para toda la humanidad, individual y comunitariamente. Esta salvación de la que da testimonio la Escritura expresa el plan de Dios para la creación entera.

57. La nueva humanidad en Jesucristo querida por Dios adquiere existencia en la única Iglesia de Dios. La forma definitiva que ha de adquirir la Iglesia como pueblo escatológico de Dios sólo puede ser conocida completamente por Dios. Los católicos romanos así como los Discípulos piensan que la Iglesia adquiere una forma visible en la historia, y que un signo de este carácter visible es la común profesión del Evangelio y la recepción del bautismo. Esta comunidad visible pertenece al *esse* mismo de la Iglesia.

58. Por su vida en común y su comunión (*koinonía*) los miembros de esta comunidad que es la Iglesia dan testimonio de la salvación cuando rezan y celebran juntos, cuando perdonan, se aceptan, se aman los unos a los otros y soportan juntos los momentos de prueba. Tal comunión se hace visible por una comunión más profunda,

una comunión en los dones que vienen de Dios, que hace del pueblo de la Iglesia su bien propio, como nueva creación en Cristo.

59. Llegamos a ser esta creación nueva por los medios de gracia que Dios ha dado a su Iglesia. Así la Iglesia es la forma visible de la gracia de Dios. Abre la vía hacia la salvación por la predicación, los sacramentos y las otras instituciones que provienen de la autoridad apostólica. La participación en estos medios de gracia constituye una fraternidad más profunda que nos reúne en una verdadera comunión en el Espíritu.

60. A esta única Iglesia pertenecen todos los que son bautizados en el agua y en el Espíritu con una auténtica confesión de fe en Jesús como Hijo de Dios. Estas personas se convierten en miembros del Cuerpo de Cristo y reciben el sello del Espíritu Santo que el cisma no puede borrar. Las divisiones entre los cristianos no pueden destruir la única Iglesia de Dios.

61. Mientras consideramos las diferencias entre católicos romanos y Discípulos, descubrimos a menudo en ellas elementos de complementariedad. Nos descubrimos teniendo una comunión *in via*. La unidad única de la única Iglesia de Dios es la meta. Estamos ya en el camino; hemos dado el primer paso en la fe por el bautismo, que es también llamada a esta unidad final. Ahora tenemos la tarea de dar una expresión exterior a la comunión *in via*. En el proceso mismo de nuestro mutuo descubrimiento de algunos elementos eclesiales en cada uno de nosotros, estamos llamados a una fidelidad renovada en acciones que harán nuestras relaciones más intensas y más profundas.

VII.—MIRANDO HACIA EL FUTURO

62. Nuestra situación como Discípulos de Cristo y como católicos romanos, descubriendonos unos a los otros en este diálogo, es un reflejo de lo que sucede en todas partes entre los cristianos cuando se abandonan en la obediencia a lo que Dios hace por el movimiento ecuménico. No estamos aún en un punto en que podamos pedir a las Iglesias a las que pertenecemos que emitan un juicio definitivo sobre nuestro trabajo, o que se comprometan en alguna decisión que podría tener consecuencias sobre sus estructuras.

63. Sin embargo, nuestra experiencia nos dice, y nosotros debemos declararlo, que la relación entre la Iglesia Católica Romana

y los Discípulos está en un proceso de desarrollo que es profundamente importante para las dos partes. Este proceso pide lealtad y valor mientras lo encaminamos hacia su madurez y, acá o allá, nos lanza desafíos y plantea a unos y a otros exigencias prácticas y costosas. Es el Señor quien nos coloca ante tales exigencias. Pensamos que algunas de ellas, entre otras, requieren especialmente que demos una respuesta fiel y que saquemos algunas conclusiones concretas:

64.a) Los católicos y los Discípulos, así como otros muchos cristianos descubren que, esencialmente, su compromiso con Cristo y su comunión en el Evangelio son idénticos. Hay ya una unidad de gracia que, en alguna medida, está presente produciendo fruto, y que nos lleva hacia la unidad visible y nos impulsa a ir hacia delante. Una de las apreciaciones más impresionantes que hemos descubierto en nuestro diálogo es la toma de conciencia de que la comunión interna entre los cristianos, que atraviesa las divisiones, es un elemento esencial de unidad y una parte necesaria para alcanzar la meta de la plena unidad visible. Es algo que nosotros hemos experimentado mientras aprendíamos a tomarnos en serio los unos a los otros en nuestra toma de conciencia teológica y en nuestro compromiso en la misión de Jesucristo. Por encima de todo hemos experimentado esto juntos en oración, en la lectura de las Escrituras y la meditación que ha tejido todo nuestro trabajo dándole un gusto y una profundidad particular a nuestro diálogo. Hemos llegado, igualmente, a apreciar más profundamente la importancia en nuestras dos tradiciones de la renovación de la liturgia y del lugar central de la Eucaristía. Nuestra tarea inmediata es reflexionar seriamente sobre todo lo que esto significa para las relaciones entre los católicos romanos y los Discípulos de Cristo, en cada parroquia y en cada congregación.

65.b) El ecumenismo espiritual nos conduce a algo más que a una suma de acuerdos doctrinales. Nos pide que «hagamos la verdad» de la unidad actuando juntos en nombre del Evangelio. Nuestra obediencia a Cristo, Señor de la historia, debe encarnarse mientras llevamos la responsabilidad de hacer al Reino capaz de penetrar el mundo, su vida y sus instituciones. A su manera, puede ser tan plena una expresión de fe común como un acuerdo doctrinal, pues la acción en armonía con las exigencias del Evangelio hace conocer la verdad cristiana y revela sus riquezas. La comunión expresada a través de las obras concretas es un elemento importante de la *koinonía* que se abre paso entre las Iglesias. La acción conjunta, tanto de las personas como la de las Iglesias separadas, es un factor en la unidad que toca las mismas raíces de la tarea ecuménica. Esto tiene al presente implicaciones por igual

para los Discípulos de Cristo y para los católicos romanos en cada lugar.

66.c) La preparación de la unidad visible tiene lugar por la discusión de puntos doctrinales importantes. Esto está claro a partir del trabajo que se ha hecho en nuestra Comisión de diálogo en el curso de los últimos cinco años. Es un comienzo significativo. Tenemos ahora el marco en el que se hace posible y necesario proseguir el trabajo sobre las cuestiones no resueltas, en particular la naturaleza y la misión de la Iglesia, la Eucaristía y el ministerio.

67. La Comisión de diálogo da gracias a Dios de que ciertas convergencias doctrinales sobre algunos problemas-clave empiecen a discernirse ya en nuestro trabajo. Esto nos anima a no trabajar sino por la unidad visible —no por un compromiso deficiente, obtenido reduciendo las divergencias, sino nada menos que por el testimonio común de la única fe apostólica.

68. El diálogo entre los Discípulos de Cristo y la Iglesia Católica Romana ha comenzado y debemos vivir ya en la lógica de lo que está aconteciendo. Exige que comencemos ahora, en la medida de lo posible, a anunciar juntos al mismo Señor Jesucristo, dando un testimonio común de la «la esperanza que hay en nosotros» (1 Pe 3, 15). Exige, desde ahora, que nos comprometamos, en la mayor medida posible en este proceso de reconocimiento mutuo que es, en última instancia, un reconocimiento marcado por la adoración del único Señor en quien hemos sido bautizados, que nos alegra con sus dones, y a cuyo servicio hemos sido llamados.